



dos a la vez, el miedo cerval que habían pasado en el bosque.

Los pobres leñadores estaban contentos por haber recuperado sus hijos; pero esta alegría fué pasajera; duró lo que los diez escudos. Así que se acabó el dinero, empezaron otra vez a contristarse; volvió la miseria a reinar en la casa y determinaron de nuevo deshacerse de los muchachos. Para realizar su propósito decidieron llevarlos esta vez mucho más lejos y a un lugar más extraviado del bosque. Aunque hablaron muy secretamente de estos planes. Pulgarito los oyó y tomó sus medidas para salir como antes del apuro. Se levantó también muy temprano para ir al arroyo a recoger chinitas; pero no pudo conseguirlo; la puerta de la casa estaba cerrada con llave. El pobre no sabía qué hacer; cuando su madre dió a cada uno un pedazo de pan para que se desayunasen. Entonces pensó que el pan, reduciéndolo a migajas, podría prestarle el mismo servicio que las chinitas, y en vez de comerlo, como sus hermanos, se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo.

Condujeron los leñadores a los niños a lo más espeso de la selva, y a la primera oportunidad hu-

Ayuntamiento de Madrid

Pulgarcito echó a andar delante de sus hermanos, y guiándose por las chinitas, volvió por el mismo camino que habían ido al bosque. Llegaron todos a casa, pero no atreviéndose a entrar se agruparon

—No tenéis miedo, que si padre y madre nos han dejado aquí solos, yo sé llevaros a casa: seguidme.

—No tenéis miedo, que si padre y madre nos han dejado aquí solos, yo sé llevaros a casa: seguidme.

—No tenéis miedo, que si padre y madre nos han dejado aquí solos, yo sé llevaros a casa: seguidme.

—No tenéis miedo, que si padre y madre nos han dejado aquí solos, yo sé llevaros a casa: seguidme.

Llegó la hora de ir al bosque, y padres e hijos se internaron en un sitio sumamente espeso, donde, a diez pasos de distancia, no se veían unos a otros. El leñador se puso a cortar leña, y los muchachos a recoger ramas secas para formar haces. Viéndolos a poco y luego echaron a correr por un sendero oculto en la maleza. Cuando los chicos se encontraron solos, comenzaron a llorar a lágrima viva, a dar grandes voces y a llamar a sus padres.

Llegó la hora de ir al bosque, y padres e hijos se internaron en un sitio sumamente espeso, donde, a diez pasos de distancia, no se veían unos a otros. El leñador se puso a cortar leña, y los muchachos a recoger ramas secas para formar haces. Viéndolos a poco y luego echaron a correr por un sendero oculto en la maleza. Cuando los chicos se encontraron solos, comenzaron a llorar a lágrima viva, a dar grandes voces y a llamar a sus padres.

PULGARITO

por PERRAULT

Carlos Perrault nació en París, el 12 de enero de 1628; hace, pues, trescientos años. Fué un escritor de poco nombre. Sus obras no han tenido fama. Pero en 1697 se le ocurrió publicar una colección de los cuentos que andaban de boca en boca y de siglo en siglo, arreglados acertadamente por él, y añadidos con su ironía.

No dió importancia a esta obra, que hasta publicó con el nombre de su hijo, como si éste fuera el autor. Pero este libro, en el que se mueven los personajes de dos mundos: el de la realidad y el de los ensueños, fué el que le dió nombre. Falleció en 1703.

Eran una vez un leñador y una leñadora que tenían siete hijos: el mayor contaba diez años y el más chico siete, y muchos de ellos eran gemelos. Como los leñadores eran muy pobres, y los hijos no podían todavía ganarse la vida, los infelices padres no sabían qué hacer con ellos. Para colmo de males, el

Pulgarito había oído toda la conversación: sintió desde la cama hablar en la cocina, se levantó y logró esconderse sin ser visto debajo del banco en que estaba sentado su padre; desde allí no perdió ni una palabra. Así que los leñadores acabaron su diálogo, se acostó de nuevo y se puso a pensar en lo que había de hacer. A la mañana siguiente se levantó apenas fué de día, enderezó el paso hacia la orilla de un arroyo y se llenó los bolsillos de chinitas blancas. En seguida volvió a reunirse con sus

En vano alegaba el marido su horrible miseria; la infeliz era pobre, pero era madre, y no podía consentir en separarse de aquellos pedazos de su alma. Tales razonamientos hizo empero el leñador, que consiguió convencerla. Ante la idea de verlos morir de hambre entre sus brazos, consintió la infeliz, y fué a acostarse hecha una Magdalena.

—¡Ah!—respondió la mujer—. ¿Serías capaz de abandonar a tus hijos?

los más espeso del bosque y cuando estén entreteniéndose en formar hacectos de leña, abandonarlos a su desgraciada suerte.

menor era muy delicadito y apenas hablaba una palabra, cosa que todo el mundo tomaba por falta de seso y que en realidad no consistía sino en la extremada bondad de su carácter. Cuando nació era tan pequeño, que apenas tenía el tamaño de un dedo pulgar, y por esto empezaron a llamarle Pulgarito, y Pulgarito se le quedó por nombre.

Como la cuerda siempre se rompe por lo más delgado, el pobre era el sufrepesares de la casa, o como vulgarmente se dice, el que pagaba el pato en todas las cuestiones. Su precoz inteligencia no tenía, sin embagro, punto de comparación con la de sus hermanos, pues si Pulgarito hablaba poco, en cambio observaba mucho; y la observación es madre de la sabiduría.

Fué un año de escasez tal, la falta de recursos y el hambre de estas pobres gentes, que resolvieron deshacerse de sus hijos.

Una noche, cuando los muchachos se habían ido ya a la cama, el leñador, con el corazón oprimido por la pena, dijo a su mujer:

—Ya ves, María, que nos es imposible alimentar a nuestros hijos; yo no tengo entrañas para verlos

Tales exclamaciones hizo la pobre mujer, que el leñador acabó por impacientarse, y la amenazó con sacudirle el polvo si no se callaba. Y no es que el

—¡Ay! ¿Qué habrá sido de mis hijitos? Si estuvieran aquí despacharían lo que nos ha sobrado. ¿Por qué te empeñaste en abandonarlos, Guillermo? Bien te dije que nos habíamos de arrepentir. ¿Qué harán ahora en el bosque? ¡Dios mío; quizá se los hayan comido ya los lobos! ¡No tienes corazón!

Cuando los leñadores volían a su cabaña, un criado del señor de la aldea les entregó diez escudos que su amo les debía desde hacía tiempo, y dijo la vida a los infelices, próximos a morir de hambre. El leñador mandó en seguida a su mujer en busca de pan y carne, y como los pobres no habían comido desde la víspera, ella no se paró en barras y compró tres veces más de lo que necesitaba para la cena de dos personas. Así que estuvieron satisfechos, dijo la mujer:

junto a la puerta para escuchar lo que decían sus padres.

leñador se sintiese contento; le apenaba tanto o más que a su mujer el haber abandonado los niños; sino que ella, con sus justas y repetidas observaciones, le ponía cada vez de peor humor. A pesar de las amenazas, la infeliz leñadora no cesaba de llorar y de repetir a cada instante:

—¡Ay! ¿Qué harán ahora mis pobres hijos? ¿Dónde estarán?

Tan alto lo dijo una vez, que, habiéndolo oído los muchachos que se hallaban a la puerta, respondieron a coro:

—¡Aquí estamos madre, aquí estamos!

La pobre salió corriendo a recibirlos y exclamó besándolos apasionadamente:

—¡Hijos de mi alma, que ya no creía volver a veros! ¿Estáis cansados? ¿Tenéis hambre? Y tú, Perico, ¿cómo vienes tan sucio? Entra y te lavaré la cara.

Este Perico era el hijo mayor, y le amaba más que a los otros, porque tenía, como ella, el pelo algo rojizo. Sentáronse a la mesa, y mientras comían con voraz apetito, refirieron a sus padres, hablando to-